



LA CIUDAD DE TELDE

Recorrido histórico-artístico

La presente obra no pretende ser otra cosa que una guía eficaz para realizar en una o varias jornadas un recorrido Histórico-Artístico por la Ciudad de Telde.

Soy consciente de sus limitaciones, marcadas por el espacio que aconseja una publicación de este tipo, pero si he logrado interesar al lector en el tema y enseñarle a amar nuestra Ciudad, me sentiré satisfecho. Sentimiento que me embarga al comprobar el creciente interés que suscita este tipo de actos en la Ciudad de los Faycanes.

Hecho que no fuimos capaces de prever cuando en 1980 comenzamos a realizarlos; hoy más de 8.500 personas han "vivido la Historia de Nuestra Urbe" recorriendo sus ancestrales y laberínticas calles desde donde cada piedra, cada balcón habla por sí del ayer, del hoy y del mañana.

Telde está situada en el Nordeste de la isla de Gran Canaria y a sólo 13 kms. de su Capital, Las Palmas de Gran Canaria.

Se encuentra enclavada en una gran campiña, llamada, por su fertilidad y extensión, "La Vega Grande", conocida no sólo por sus productos (plátanos, pepinos, flores, caña de azúcar, etc.) sino porque esta denominación es también la del Condado más importante de la Provincia.

Todos los estudios que sobre el nombre de la Ciudad se han llevado a cabo coinciden en afirmar su derivación del vocablo aborigen "Telle", cuyo significado sería "zona rica en higueras". Se sostiene esta teoría a través de los años y se afianza aún más, ya que este árbol ha sido representativo de los campos que circundan la Ciudad. Así, "La Higuera Canaria" es el nombre con el que se denomina a un barrio, en donde este frutal está presente.

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Según el Profesor Antonio Rumeu de Armas, esta Ciudad fue fundada por Orden Pontificia, allá por la mitad del S. XIV, cuando se establecieron en esta zona unos frailes menores mallorquines que le dieron, según voluntad papal, el título de Ciudad y Sede Episcopal. Por ello reza en su escudo "Afortunatae Prima Civitas et Sedes" (La Primera Ciudad y Sede de las —Is-las— Afortunadas).

El tiempo pasó y Telde quedó olvidada para la Historia en los polvorientos Archivos Vaticanos.

Ya en 1483, después de la conquista de toda Tamarán por los castellanos, se funda definitivamente Telde, asentándose en ella los Caballeros de la Real Hermandad de Andalucía Ordoño Bermúdez y Pedro de Santi-Esteban, no tardando en florecer, debido al tesón de sus hijos y a la fertilidad de sus campos.

LUGARES QUE DEBEMOS VISITAR

Este capítulo se abre con el temor de quien escribe, pues es consciente de omitir mil y un detalles, pero es prenda que debemos pagar por lo abreviado que debe ser este trabajo.

Toda la Ciudad, que lleva desde hace siglos el título de Muy Ilustre, es digna, por igual, de ser visitada a lo largo y a lo ancho, pero sin duda alguna, tres barrios llamarán nuestra atención: El histórico y colonial San Juan; el relicario del pasado que es San Francisco y el populoso y trepidante de Los Llanos de San Gregorio.

SAN JUAN

Núcleo fundacional de la Ciudad que surge en torno a la iglesia del mismo nombre. Es un lugar privilegiado, en su Plaza y Alameda, enclave urbano de notable importancia, pues en ella podemos ver las casas más nobles de la urbe, en donde la cantería gris de



Retablo policromado gótico-flamenco. Iglesia de San Juan.
Principios del siglo XVI



Cristo del altar mayor de la iglesia de San Juan, procedente de Méjico. Siglo XVI

Arucas, la cal del Sur y las labores de carpintería pintadas siempre de verde, ofrecen una hermosa estampa, sintiéndose la Historia cada vez más viva.

Recorriendo con nuestra vista todas las construcciones que arropan este bello rincón, llegamos a la llamada "Plaza de Arriba" y en ella dos edificios nos llamarán la atención. La casa de los Ponce de León, hoy Archivo Parroquial, posee una portada que da fe de "una forma de hacer" propia de Gran Canaria, la cantería envuelve la entrada principal prolongándose hacia el "piano nobile" formando también el vano de la ventana, estableciendo un solo cuerpo de piedra, y entre los dos planos el ingenio del labrante ha colocado dos cabezas de cisne a ambos lados, dándole así mayor gracia.

En el interior del edificio anteriormente citado, podemos deleitarnos con "El Simancas de Canarias" en donde, debido a los desvelos del historiador Dr. Hernández Benítez, se guarda en ordenados volúmenes, toda la historia de la Ciudad. Pero, sin duda alguna, lo que atrae a todos los visitantes es la iglesia matriz, hoy convertida en Basílica Menor. Este templo fue construido

por la familia García del Castillo tan pronto como se fundó la Ciudad. Hoy, después del paso de los años, luce todavía su portada, soberbio ejemplar de la arquitectura gótica sevillano-portuguesa; en ella podemos detenernos un instante y ver cómo el artesano dejó plasmada en la piedra toda suerte de elementos medievales (bolas, llamada "de los Reyes Católicos", alfiz árabe, bestiario, etc.), no debiendo olvidar los detalles de la puerta, hecha hace tres siglos con pinos de Tirajana, en donde los herrajes son muestra de la labor de la fragua del Reino de Valencia. En su aldabón queda constancia del año de fábrica de esta última: 1706.

Pasando al interior, mil y una obras de arte son muestra de su rico ajuar, pero aquí sólo recalaremos en las más importantes.

1) Cristo del Altar Mayor:

Se encuentra en la Ciudad antes de 1525. Está realizado, según técnica indígena, por los indios del Michoacán (México), los cuales hacen una pasta de mazorca de maíz con la que modelan las figuras, por ello pesa 6 kg. y medio, aunque su estatura es de 1,80

metros. Su carácter acartonado no le resta belleza. Ha tenido gran devoción, la cual aún hoy se conserva. El madero o cruz fue recubierto de plata en el S. XIX, gracias a la donación que, a favor de la Santa Imagen hizo doña María Encarnación Navarro. (Para mayor conocimiento del tema, ver obra del Dr. Martínez de la Peña y González: "Cristos Mexicanos en Canarias" - II Coloquio de Historia Canario-Americana).

2) Retablo Gótico-Flamenco:

Según el Marqués de Lozoya, "se trata de la obra más preciada de cuantas existen en el Archipiélago Canario". Se encuentra formando parte del retablo del Altar Mayor. Fue traído de Flandes (seguramente de la región de Bruselas) por encargo de Cristóbal García del Castillo. Ya consta como adquirido en 1525. Es un tríptico tallado todo él en madera sobredorada, y nos muestra escenas de la vida de María en número de seis. (Mayor explicación, ver obra del Dr. Don Pedro Hernández Benítez: "Telde").

Recientemente la Basílica de S. Juan ha recuperado una pieza clave de su

ajuar “El Tríptico flamenco de la Virgen”, dicha obra pictórica de indudable valor artístico, consta de cinco escenas realizadas sobre tabla, representando los siguientes motivos:

- a) La Adoración del Mesías por los pastores.
- b) La Epifanía o adoración de los Reyes Magos.
- c) La Anunciación del Ángel a María.
- d) La figura del Evangelista relator de los hechos.
- e) San Cristóbal.

Debemos apreciar la armónica composición de volúmenes arquitectónicos y personajes, el valor del paisaje, el gusto por la arqueología presente en columnas toscanas y obeliscos egipcios, la gracia para lo anecdótico, representada en el pequeño can que nos introduce en la tabla principal, la sutileza de la faz de Ntra. Señora, su cabello dispuesto en simuladas ondas y la búsqueda de lo mágico en los cielos abiertos cuajados de ángeles.

Todo ello unido a sus nobles proporciones nos permiten afirmar que se trata de uno de los más bellos ejemplos de factura flamenca que poseemos en Canarias.

Dicho Tríptico fue traído de Flandes por Cristóbal García del Castillo (antes de 1530), quien lo guarda en su casa hasta que por deseo testamentario pasa a este templo, de aquí partirá de nuevo a mitad del s. XIX hacia la casa de los Castillo Olivares, hasta que por deseo de la actual Marquesa del Muni Dña. M^a del Pino de León y Castillo fue nuevamente donado a la Iglesia Matriz de Telde, después de ser restaurado en el Instituto de Restauración del Cabildo Insular de Gran Canaria por el equipo Moisés-Leal.

3) Retablo Mayor:

Obra del Barroco llamado de “retorno”, fue estudiado con esmero por el Dr. Don Alfonso Trujillo en su obra “El Retablo Barroco en Canarias”, señalando que se trata de un bello ejemplar de retablo con estípites. Podemos apreciar cómo su unión al anterior no desmerece, ni le resta valor.

4) Obras de Luján Pérez:

Este escultor o tallista guineño trabaja en Las Palmas de Gran Canaria entre finales del S. XVIII y principios del S. XIX, y aunque por su cronología coincide con la “fiebre neoclásica” en sus obras escultóricas sigue palpando su corazón barroco; así lo mues-

tra en el dolor de sus vírgenes, los cuerpos crucificados del Salvador o los paños y túnicas al viento de santos de la más variada advocación. De su factura existen en este templo varias tallas, siendo tal vez, las más representativas las de San Pedro Mártir de Verona y San Juan Evangelista, ambas en las hornacinas del Retablo Mayor, pero no debemos olvidar la imagen del Cristo de la Sacristía Mayor o la del Patriarca San José en la Capillita de la misma advocación.

5) Capillas:

Deben formar capítulo aparte, pero sólo vamos a hacer hincapié en las tumbas de gentil-hombres, beneficiados y terratenientes que junto con su oscuridad, dan a estas dependencias un aire de recogimiento que a más de uno le lleva a la meditación. Están todas ellas cubiertas con ricos artesonados, muestra palpable del quehacer de la población morisca, tan abundante como laboriosa en esta Ciudad, donde se les recuerda en alguna estrecha calle como la de Berbería. Pero no bastando con sus orientales artesonados, se nos presentan sus retablos, unos en madera

sobredorada, como el del Rosario; otro de cantería policromada y grandes lienzos como el que luce la inigualable capilla de San Ignacio de Loyola.

El tiempo se nos echa encima, aunque no debemos abandonar el templo sin antes detenernos y, así deleitarnos, con el Camarín de la Virgen del Rosario en donde la plata y el oro, pasando por los sutiles bordados, se entremezclan, hablándonos de años de devoción mariana y muestra del rico comercio de materiales preciosos que venían de las Indias de su Majestad, como son las múltiples piezas de orfebrería de Colombia, México, Venezuela, etc. Todas ellas guardadas en vitrinas de este “Sancta-Sanctorum”, creado gracias a la iniciativa de don Teodoro Rodríguez y Rodríguez.

Dejando atrás cientos de detalles, vemos la Capilla Baptismal, decorada toda ella con frescos de Jesús Arencibia, realizados en 1956. En el centro de esta recoleta capilla la “pila de cristianar”, realizada en la ciudad de Génova en el blanco mármol de Carrara sobre la centuria XVII. Y ya a los pies del templo, tres lienzos de grandes di-



mensionen y temas bien diferentes: "Visión mística de San Bernardo", "Descanso en la Huida a Egipto" y "Cuadros de Ánimas Purgantes", siendo los dos primeros de Escuela Madrileña y del siglo XVII.

Otra vez en la plaza de San Juan y sólo a unos pasos del busto del Dr. don Gregorio Chil y Naranjo, fundador del Museo Canario y uno de los hijos más preclaros de la Ciudad.

Nuestra vista nos hace recalar en la Alameda, lugar de delicias y sosiegos, en donde el tiempo ha quedado estancado en las bellas construcciones que la bordean, pero entre todas ellas, es la Casa de León y Joven, junto al busto de León y Castillo, la que nos atrae con mayor fuerza. Balcones con celosías, reminiscencias moras que en construcciones posteriores han sido imitadas pero sin conseguir su gracia. Este edificio muestra la nobleza por sus proporciones y hoy recuerda un pasado glorioso que carga de historia sus muros, los cuales, años atrás, cobijaron la augusta figura del emperador Maximiliano de México, cuando como pretendiente al trono de Mochtezuma, pasó por las islas.

Siguiendo nuestro recorrido, caminamos por la calle de la Cruz, que en otros tiempos llegaba a los ingenios de azúcar; doblamos por el Callejón del Duende y de pronto la Casa Condal, prototipo de Casa-Hacienda o casa de Terratenientes. Dos portadas muestran su fachada principal, que no da a calle alguna. La más noble es un bello ejemplar de la Arquitectura civil de los primeros años de la post-conquista, cuando era muy importante dejar constancia de la hidalguía de los moradores de la mansión. Por ello muestra un arco sogueado de medio punto, todo él de cantería gris, rematándolo un escudo con las armas de los Ruiz de Vergara, sus primeros señores. La segunda, mayor en proporción pero no en belleza, queda más baja y la sillería que la compone, a forma de dintel, es irregular y de tosco acabado. Este edificio es, de entre todos los particulares de la Vieja Ciudad, el de mayores proporciones.

Ahora seguiremos por la calle del Conde hasta su confluencia con la de J.A. Primo de Rivera, y se nos sobrecoje el corazón. Ante nosotros, las ya centenarias ruinas del Hospital e Iglesia de San Pedro Mártir, nos saludan. Sólo paredes y arcos ojivales quedan en pie. Es el esqueleto del templo que guarda los restos de Inés de Chemida, tal vez la más noble de cuantas hijas ha



Vieja casona de la plaza de San Juan, en donde pernoctó Maximiliano, aspirante al trono de Méjico

tenido la Ciudad, y creadora del primer hospital que en el mundo se levantara para curar las enfermedades venéreas que, junto con la gloria, Castilla se trajo de América.

Muy cerca del viejo y ruinoso templo, la fértil y frondosa Vega. Ahora, el blanco de las casonas se transforma en el verde del platanal y, como espíritus de guanches gigantes, apuntan hacia lo alto, delgadas palmeras. Esas plantas tan características de estos contornos las cuales, a los ojos del visitante, se les presentan como estampa de Tierra Santa y así el poeta ha dejado escrito en sus versos: "Telde... Jerusalén de Canarias".

SAN FRANCISCO

Siguiendo nuestro caminar junto a un rudimentario acueducto que al paso de sus arcos acelera nuestro corazón, subimos y subimos, entre el tapiz siempre verde de las huertas bien cultiva-

das, al altozano de Santa María, hoy más conocido por San Francisco.

Barrio de casas pequeñas, encaladas, con cubiertas de tejas a dos aguas, puertas y ventanas verdes, calles empedradas llenas de encanto, de paz, de sencillez, de armonía.

Paz y sosiego al llegar a las puertas de su Iglesia-Conventual de portada neoclásica. Aquí, no sólo se siente la historia, sino que se palpa toda esa historia —el pasado, el presente, el futuro— y así recordamos cómo en el S. XVI, sólo a pocos años de la Conquista, se levanta en este lugar una pequeña ermita bajo la advocación de Santa María de La Antigua y, más tarde, llegado el S. XVII, se establecen aquí los hijos del "Pobrecillo de Asís", fundando el convento que lleva el nombre del Santo italiano. Este cenobio no sólo sirvió para la vida puramente monástica, sino que se utilizaron sus dependencias como talleres pa-



Desde el campanario de San Francisco se contempla una perspectiva de la vertiente oriental de Gran Canaria

ra realizar libros miniados y también escuela (de moral, filosofía, latín, etc.), en donde muchos se formaron como fue el caso del historiador Marín y Cubas.

En 1836 fue desamortizado por la célebre Ley de Mendizábal, aunque no consiguió el barrio olvidar a sus frailes, y, hoy como ayer, siguen unidos a esta Orden.

1) La Iglesia Conventual:

Muy sencilla, se compone tan sólo de dos naves, siguiendo el esquema típico de las capillas-iglesias del convento. Junto a sus muros laterales algunos retablos y, entre ellos, tres de cantería sobrepintados, con gran policromía e ingenua composición y temática. Todo ello nos hace recordar gustos americanizantes, patentes mil veces en las misiones de Guatemala, Honduras o México. De este mismo estilo es la puerta que, junto al altar mayor, da

paso a una dependencia contigua y está realizada a base de casetones, todos ellos decorados con girasoles, en donde el espíritu de la Orden se pone de manifiesto.

2) Tres tallas o imágenes deben de ser admiradas:

a) San Francisco: obra, seguramente, del S. XVII. Realizada en madera policromada y bien conservada. En ella, el oro que la envuelve deja constancia de unas manos prodigiosas.

b) Cristo de las Angustias: talla de tamaño natural con gran expresividad y patetismo extremo en su rostro.

c) Virgen de Santa María de La Antigua: hecha de humilde terracota y muy pequeñas proporciones, es anónima. Su factura no es muy depurada. Tal vez su valor artístico sea muy poco, pero éste se ve, sin duda alguna, sobrepasado por el valor histórico, ya

que se trata de la imagen primitiva de la ahora desaparecida ermita.

Salimos al exterior y doblando la primera de las cien esquinas que conforman el tortuoso entramado de calles, todas ellas recogidas en el plano que en el S. XVI el Ingeniero de Felipe II, el italiano Torriani, hiciera y que hoy se conservan fiel a su primer trazado, llegamos al mirador. Bajo nosotros, otra vez, el rico platanal, el milenar barranco y, allá, sobre los riscos, los poblados aborígenes de Tara y Cendro, que nos traen a la memoria nombres, hechos y datos del pueblo Guanche, recordando la canción... "Raza que murió en la Historia para vivir en la Leyenda".

Seguimos ahora a lo largo de la calle Portería, casas con tapias y almenas, acequias que nos acompañan con el musical paso del agua hasta la calle de las Carreñas. Volvemos a bajar y luego a subir hasta la entrada del barrio, hoy salida, y, en frente, sólo cruzando la calle, la casa de León y Castillo, hoy dedicada a Museo Leonino, guarda todas las condecoraciones, objetos diversos (cartas, fotografías, grabados, planos, etc.) que en vida pertenecieron al Ilustre teldense, nacido en esta casa en 1843, llegando a ser Diputado en Cortes, Abogado, Ministro de la Guerra, Embajador de España en París y, por méritos propios, primer Marqués del Muni.

El edificio se conserva muy bien y entre todas las dependencias, una, la cocina, tiene un cierto sabor nostálgico que llena de ternura a cuantos la ven.

Con esta visita a la Casa del patrio teldense damos por finalizada la visita a la parte monumental de la ciudad, pero sin olvidar que otros lugares nos aguardan.

LOS LLANOS DE SAN GREGORIO

Para llegar a Los Llanos de San Gregorio, actualmente zona comercial, con vida trepidante y bulliciosa, hay que ascender desde las Cuatro Esquinas por las calles Calvo Sotelo - Pérez Galdós - General Franco y General Mola.

Pero mucho antes de llegar se presenta majestuosa ante nuestra vista la Iglesia de San Gregorio Taumaturgo, que con su traza neoclásica, es el centro neurálgico de este populoso barrio de comerciantes.

Para recordar sus orígenes nos tendremos que remontar a los primeros lustros de la post-conquista, cuando

LA CIUDAD DE TELDE

Recorrido histórico-artístico

un rico terrateniente, apellidado Palenzuela, manda construir una pequeña ermita para que sus jornaleros, que cultivaban en la zona la caña de azúcar, no tuviesen que “bajar” hasta San Juan para oír misa los domingos y demás días de precepto.

Pero los siglos pasan y la población aumenta. A los primeros campesinos de origen andaluz y portugués se unirán, más tarde, negros y berberiscos. Así lo recuerda el pueblo al denominar a una de sus calles “Berbería”.

Siglo tras siglo, la vocación mercantilista se va denotando en el ya populoso barrio que surgió en torno a su ermita. Y así a finales del siglo XVIII se decide levantar otro templo en el mismo lugar. Para ello, el arquitecto don Diego Nicolás Eduardo, que a la sazón dirigía las obras de la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, diseña los planos del nuevo templo y, para estar acorde con los tiempos, nada mejor que un templo neoclásico.

Muchas veces se le ha denominado frío y austero, pero en su falta de decoración y en su frialdad aparente, es donde se muestra el nuevo gusto por lo clásico. Detengámonos en el templo, pues vale la pena.

Su fachada-pantalla es bien sencilla. Todo es equilibrio y sobriedad. Los vanos o huecos de puertas y ventanas se distribuyen muy simétricamente y, coronando su parte central, un frontón semicurvo.

Es esta iglesia de tres naves, siendo la central el doble de ancha que las laterales y éstas algo más bajas que la principal. El transepto está marcado por pilares cruciformes y una noble cúpula. En el interior podemos admirar tallas de indudable valor artístico, unas por su antigüedad y otras por su factura. Al grupo de las primeras pertenece un San Blas que se encuentra en el Retablo de la Purísima Concepción, situado cerca de los pies de la nave colateral izquierda; esta escultura del santo “salva gargantas”, es la talla primitiva que en el S. XVI estaba bajo la advocación de San Gregorio pero a principios del S. XIX fue sustituida por otra realizada por don José Luján Pérez, convirtiéndose San Gregorio en San Blas por la conveniencia de no tener dos tallas del mismo patrono, aunque para ello fue retocada la mitra

episcopal. Pero, sin duda alguna, las tallas lujanescas de San Gregorio y San José son las más interesantes de cuantas conserva esta iglesia.

San Gregorio Taumaturgo es, como otras tallas salidas de las manos de Luján Pérez, muestra de la depurada técnica que poseía el imaginero guienese. En ella podemos apreciar el derroche de pliegues, la grandilocuencia y altanería lograda en la cabeza y la casi sublime postura con que el santo se llena de gloria. Esta talla hoy se encuentra en el Retablo Mayor, en su nicho central, lugar idóneo por su efectismo casi teatral.

La otra talla lujaneca es el **Patriarca San José**, aunque de técnica más pobre, ya que los pliegues de sus ropajes son de tela engomada, la figura no deja de ser digna de la paternidad de Luján Pérez. Ha variado mucho a través de los años su posición en el templo, pero hace tiempo que se venera en el retablo derecho de la cabecera de la nave del Evangelio. Y muy cerca de este retablo, otro sin policromar, y en él, la gran devoción mariana del templo, Ntra. Sra. de los Dolores, realizada por el ilustre hijo de este barrio e insigne imaginero Silvestre Bello, que la donó a la parroquia en la segunda mitad del siglo XIX.

Debemos fijarnos en los numerosos retablos, de traza neoclásica todos ellos, diseñados no hace más de veinte años, por el pintor y escultor teldense José Arencibia Gil.

Al salir del templo nos encontramos en medio del ruido de los coches y el trajinar de las gentes. Recorriendo el barrio, vemos edificaciones de todo tipo. Salpicado por todas partes, el historicismo de finales de siglo se hace notar. Son casas de dos plantas con labor de cantería en puertas y ventanas, realizadas bajo arco de medio punto y desarrolladas en altura. Edificaciones de la burguesía mercantil que, al amparo de los mercados populares nacidos a la sombra de los lares de la plaza cercana, establecían sus comercios, ejemplo imborrable de hombres emprendedores, llenos de habilidad mercantil. Si queremos ver unos ejemplos muy significativos, sólo una vuelta por las tortuosas calles del barrio será suficiente.

Y, después de saborear el arte burgués de finales del XIX, tenemos que pensar en el otro Telde; el Telde ancestral y aborigen. Para ello es menester decidir a qué lugar se quiere ir, es-

cojamos según nuestros gustos, tengamos presente los factores tiempo y distancia; pero si el primero nos sobra y la segunda no nos alarma, yo les aconsejo visitarlos todos.

TARA, CENDRO, BAILADERO, CUATRO PUERTAS y TUFIA. En cada uno de estos yacimientos arqueológicos podemos descubrir un mundo en donde la leyenda, el cuento y la historia se aúnan para llenar de misterio sobrecogedor a cuantos se acercan a ellos.

En la antigua carretera de Telde a Ingenio encontraremos la montaña de Humiaga con su santuario de Cuatro Puertas en la cumbre.

Podemos llegar a ella por carretera de fácil acceso. Pero debemos caminar algo para conseguir entrar en el Santuario. Describirlo aquí es labor ingente, por ello recomendamos el libro de Berthelot, “Antigüedades Canarias”. En sus doctas páginas encontrarán el hondo significado religioso que ante nosotros está petrificado.

Cueva de Cuatro Puertas o lugar de reunión de los sacerdotes. Abierta al norte, desafiando alisios perennes. Al sur, las Cuevas de los Pilares, seguramente cenobio o habitáculo para sacerdotes.

Y en la cumbre, entre Cuatro Puertas y la Cueva de los Pilares, el altar en forma de disco solar. Desde aquí podemos divisar, allá, a lo lejos, junto al mar, el poblado aborigen de Tufia con sus construcciones de piedra seca que han superado los años con gracia casi inmortal. Y también vemos Tara y Cendro junto al barranco de Telde y el Bailadero o Baladero de las Cabras, a los pies del Convento de San Francisco. Y cuando ya nuestra vista ha recorrido todos estos lugares, comprendemos la grandeza de esta Ciudad y pensamos que muchas cosas se nos quedan sin ver: ermitas, norias, molinos, las casas de los poetas...

Y ahora sí, ahora comprendemos la primera de las palabras que reza el lema de su escudo: “PRIMA”, que quiere decir “la primera”, la más importante. Y es que si conoces Telde, has conocido un bello y apasionante resumen de la Historia de Canarias.

ANTONIO GONZÁLEZ